

su país acerca de «educación y enseñanza», que otros dirían «instrucción pública».

Sobre su primer punto filosofa bastante nuestro sabio autor, y llega a repetir aceptada esta gran verdad: «a la escuela sólo se va a prepararse para aprender». Luego trata, según Spencer, de la cultura física, intelectual y moral, mostrando de paso los vicios y defectos de todo ello que prevalecen en su país.

Hay un párrafo muy notable (página 20) que algo recuerda de Víctor Hugo, tocante a enseñanza religiosa y su torpe supresión por los politicastros, llamados liberales, de su país. . . . ¡Qué diría de los arcaicos pedagogos, devotos de la remotísima teosofía! Sus programas, tendenciosos a ese respecto, son por ventura letra muerta para los maestros de Educación Común.

En el capítulo segundo: «del educando», dice mucho contra la pereza de aquellos niños y el poco empeño de sus padres por educar la prole. . . . Antes dejó indicado—a ese propósito—de mucha honra para el país de las mujeres bonitas. Ahora tengo de correr por el